

mente; por manera, que una de dos, ó dejamos á Godoy en el puesto que ocupa...

—Eso no, exclamaron todos.

—O tenemos que convenir en la abdicacion.

—¿Y por qué no convenir? dijo nuestro amigo Cárlos levantándose de su asiento: los árboles que no dan fruto perjudican á los jardines, los reyes que no se toman interés por las naciones, merecen que estas se elijan otros nuevos. Fernando es jóven, y aunque viciado ya, quién sabe lo que puede dar de sí; de otra manera, señores, los desaciertos que hoy estamos lamentando se repetirán mayores mañana, y tal vez cuando queramos ponerle remedio, ya no lo tenga. Mi opinion, pues, y dispensadme, señores, que yo que tan poco tiempo hace que pertenezco á vuestra asociacion, me tome la libertad de emitirla el primero; mi opinion es que se provoque un motin; que nosotros puestos á la cabeza del pueblo, pidamos la destitucion del privado, y como consecuencia de ella la abdicacion del rey; que suba al trono Fernando, y si nuestras esperanzas salen defraudadas, si el nuevo rey no corresponde á lo que el pueblo tiene derecho á esperar de él, entonces yo el primero lucharé por esa independenciam y por esa libertad, necesaria á mis conciudadanos, y moriré gustoso combatiendo por ella, ántes que doblegar mi cerviz al despotismo.

Multitud de aplausos acogieron las inspiradas palabras de Cárlos.

Cien manos estrecharon la suya, y cien bocas hicieron el juramento de morir por la patria.

El entusiasmo del jóven se comunicó á todos sus compañeros, y por un momento reinó una confusion horrible entre los conspiradores.

Alejandro trató de restablecer el órden, y cuando lo consiguió, empezaron á deliberar sobre los medios para llevar á cabo su proyecto.

A su tiempo verán nuestros lectores cuáles fueron estos, y por qué medios Alejandro y sus amigos creyeron haber asegurado la libertad y la independenciam del pueblo.

CAPITULO V.

Rápida ojeada histórica muy necesaria para la mejor inteligencia de los sucesos que se han de seguir.

I.



UANDO Carlos IV subió al trono no era la época á proposito para un carácter debil é irresolute como el suyo.

Al muy poco tiempo de su proclamacion, vino la revolucion francesa á trastornar toda la Europa, amenazando más sériamente á España, separada únicamente por los Pirineos de la Francia revolucionaria.

La prueba de la debilidad del monarca español y del poco tacto político de que se hallaba adornado el Príncipe de la Paz, la encontramos muy clara en el desprecio con que fué mirada por la nacion vecina la interposicion y súplica del

rey á la Convencion francesa, implorando la piedad y clemencia que era digno el desgraciado monarca Luis XVI y su familia.

La Convencion miró con completa indiferencia la interposicion favorable de nuestro gobierno, desdeñando en la altivez de su entonces pujante poderio; el fijar en ella su atencion.

La nacion española, que no podia tener escondidos en su corazon los sentimientos belicosos de que ha gozado tan gran renombre, se aprestó en union con las demas de Europa, á prepararse á sostener una guerra harto ruinosa para ella.

Cuando llena de ardor hacia sus preparativos para humillar la cerviz á las altivas águilas Imperiales, fué depuesto del ministerio el ilustre Conde de Florida blanca, á quien reemplazó el Conde de Aranda; deponiendo á este último para que ocupase puesto tan elevado en el ministerio de Estado, el hombre mimado por la fortuna, D. Manuel Godoy, que entró á desempeñar dicho destino en 1793, á cuyo puesto llegó por medio de una rápida carrera, desde simple guardia de corps de la Real Persona.

Adornado el Duque de la Alcudia y Principe de la Paz de talentos militares que eran los de su carrera, carecia de los conocimientos politicos indispensables para dirigir una nacion en que empezaba á oscurecerse el horizonte sereno que hasta entonces habia tenido.

Joven ademas para un cargo tan árduo, carecia de la experiencia, tan indispensable para regir á los pueblos con cordura y energia.

Hubo pues necesidad de ayudarle para que pudiese regir la nave de nuestra infortunada nacion por el mar borrascoso y lleno de escollos que se veia precisada á atravesar en aquellos momentos, y fueron nombrados asesores del ministro, primeramente D. Eugenio Llaguno de Amirola, y despues D. José de Anduaga, que era uno de los oficiales mayores de la secretaria de Estado.

El favorito contaba con un apoyo inmenso al subir al poder.

La reina María Luisa le distinguía un poco más de lo que exigía el decoro, y conociendo el carácter debil é irresoluto del monarca, se comprenderá perfectamente que D. Manuel Godoy habia de egercer omnímodamente la direccion de los asuntos del reino.

Nosotros hemos repasado más de una vez la historia de su privanza y no hemos visto en ella mala fé ni maldad alguna; pero sí muchísima falta de tino, bastante ambicion y muy poco tacto para arreglar los negocios políticos que en aquellas circunstancias requerian talentos especiales.

La revolución francesa habia puesto á la Europa en un conflicto, y la corte de España por sus relaciones de parentesco con el monarca frances, tenia necesariamente que encontrarse más comprometida que ninguna otra nacion.

Una de las cosas que no debemos pasar en silencio, y por la cual elogiaremos siempre al Príncipe de la Paz, fueron los pasos que dió el encargado de negocios de España en París para salvar la vida de Luis XVI.

Dos veces segun las instrucciones que para ello le diera el favorito, el Sr. Ozcariz se interpuso entre el monarca francés y sus verdugos; pero todo fué infructuoso y solo dió por resultado la declaracion de guerra que hizo España á la nueva república, poco tiempo despues de haber guillotinado al monarca.

Las operaciones de esta campaña, si bien no fueron desventajosas para nuestras armas en los primeros dias, en el año siguiente fueron derrotadas por los franceses, perdiendo todas las plazas que se habian tomado.

Todas estas razones movieron al gobierno español á desear la paz, que se firmó en Basilea en 22 de Julio de 1795.

Esta paz trajo, como era consiguiente, la guerra con otras naciones y especialmente con Inglaterra, que despues de haber tratado de apoderarse de Buenos-Aires, quiso bloquear algunos puertos españoles.

El Gobierno español habia mirado con un descuido inmen-

so nuestra marina, y si bien esta contaba con un número de buques suficiente para hacer frente á otras escuadras, ni los armamentos de estos, ni sus condiciones eran apropósito para el mismo objeto.

El combate del Cabo de S. Vicente fué desgraciadamente una prueba de esta verdad.

La armada española contaba casi doble número de buques que la inglesa, y á pesar de esto no solamente fuimos vencidos sino que nos apresaron cuatro de los mejores navios.

A todo esto las imprudencias del Principe de la Paz, pues no podemos calificarlas de otro modo, le habian creado muchísimos descontentos, y tanto el pueblo como la nobleza aborrecian cada vez más á un favorito en el cual veian la ineptitud y el abandono.

A este odio de la nacion habia que agregar el resentimiento de muger que María Luisa abrigaba hácia Godoy por los galanteos y atenciones que aquel prodigaba á otras damas de la corte.

Y tanto por este motivo, cuanto por los que ya dejamos expuestos, cayó el valido de la real gracia, si bien esta caida no duró mucho, pues solo la causó verdaderamente un raptó de ira de la reina.

Volvió algun tiempo despues al poder y las imprudencias sucedieron á las imprudencias, y la nacion caminaba cada vez con más rapidez hácia su ruina.

Aparte de la falta de tino del privado estaba tambien el Principe Fernando, hijo de Carlos IV, en el cual habian hecho gran mella los consejos del intrigante Escoiquiz, y que más de una vez habia puesto á prueba la paciencia de sus padres con pretensiones dictadas por sus consejeros; por cuyo motivo el canónigo Escoiquiz tuvo que ser desterrado, á pesar de lo cual siguió correspondencia secreta con su discípulo.

Entretanto la Francia habia sufrido una reforma radical y un cambio extraordinario en su gobierno.

El general Bonaparte habia conseguido escaparse de Egipto, y al frente de sus soldados disolvió el cuerpo legislador,

haciéndose nombrar primer Cónsul, y coronándose más tarde Emperador.

La ambicion de Napoleon no conocia limites, asi como la del Principe de la Paz carecia de prudencia, razon por la cual este se hizo casi un instrumento de aquel, y tanto nuestra marina que quedó reducida á la nulidad desde el funesto combate de Trafalgar, como nuestro ejercito, del cual se habian sacado algunas divisiones para unir las á las tropas francesas, todo estaba á disposicion de aquel hombre que creia el mundo pequeño para estender su orgullosa mirada.

Napoleon conocia perfectamente el estado en que se hallaba la corte de España, y convenia desde luego á sus miras aumentar la desunion que reinaba entre los individuos de la familia real.

Para esto le hacia falta en España un agente tan activo como el que Godoy tenia en París, y Mr. de Beauharnais fué nombrado embajador en Madrid en reemplazo del que habia.

II.

La muerte de la Princesa María Antonia, los acontecimientos de Nápoles que costaron el solio al monarca que lo ocupaba, y otros, hicieron volver los ojos á Fernando VII y sus partidarios hácia el Emperador del vecino reino francés, invocando su apoyo; y dejando á un lado toda clase de miramientos y escrúpulos, se pusieron de acuerdo con Mr. de Beauharnais.

Los comisionados nombrados por Fernando VII, heredero entonces del trono español, D. Juan Manuel de Villena, su gentil-hombre, y el Brigadier de Ingenieros D. Pedro Giraldo, profesor de matemáticas que habia sido del mismo príncipe de Asturias.

A todo esto Escoizquiz, el Príncipe y sus comisionados, con

sus planes, no hacian más que secundar las miras de Napoleon, supuesto que este gran político ya le habia dado órdenes é instrucciones á su representante en España para que observase las intrigas de la corte y supiera aprovecharlas.

Mr. de Behaurnais celebró con toda su alma la ocasion que tan á la mano se le venia de poder empezar sus observaciones.

Receloso de que el Principe tomase parte, exigió de los comisionados una señal que le asegurase de la verdad; y prontos á presentársela los comisionados, se quedó conforme en que el primer dia que el embajador fuese á palacio, le preguntaria al Principe si habia estado en Nápoles, y á la par sacaria un pañuelo.

Conforme el delegado francés con la prueba ofrecida, y ratificada en palacio por el Principe, se procedió á entablar las negociaciones.

III.

Con un pretexto sumamente frívolo, presentó el Duque del Infantado á su amigo Escoiquiz al embajador.

Quedó decidido entre ambos personajes el ponerse de acuerdo y conferenciar sobre las aspiraciones de Fernando VII, que estaban reducidas á derribar al favorito.

Con efecto, en uno de los días mas calurosos del mes de julio á las dos de la tarde, Escoiquiz y el embajador salieron á dar un paseo al Retiro.

Los españoles, desgraciadamente, parece que hemos nacido para estar siempre en tutela, y por lo tanto Escoiquiz, el Infantado y las personas interesadas en concluir con la influencia del privado, no se resolvieron á combatir su preponderancia frente á frente, y acudieron á buscar el apoyo de un representante extranjero, no ajeno como hemos visto á nuestras contiendas domésticas, pero que indudablemente so pretexto de

auxiliarnos, diciendo: ¡qué lástima!... ¡qué dolor!... envolvía otros pensamientos más ventajosos á no dudarlo á su país que á nuestros intereses.

Entendido el embajador, fué más de una vez á las discusiones de la familia real, y apesar de estar entonces ocupado en su pensamiento favorito de sujetar á Portugal, no echó en saco roto este punto. **IV.** En el momento de salir de su país, propúndose á no dudarlo aprovecharse de él en la primera coyuntura favorable que su feliz estrella le

Efectivamente, llegado el día de la entrevista, tuvo lugar en el sitio ántes citado.

En ella el canónigo Escoiquiz ponderó al embajador la fatal posición del heredero, del trono, sus talentos y virtudes, concluyendo, por último, con asegurarle de su grande amor á la Francia.

Marcó Escoiquiz con los más vivos colores el grado de privanza á que había llegado el príncipe de la Paz.

Propuso además al embajador, que para estrechar más los vínculos de amistad entre ambas naciones, sería conveniente efectuar el enlace del príncipe de Asturias con mademoiselle Estefania Tascher de la Pagerie, sobrina del emperador.

Proposición tan ventajosa, halagaba sobremanera al embajador por ser también parienta suya la expresada jóven; más no siéndole posible contestar por sí á la proposición, se reservó consultarla con su amo.

Entendido el príncipe de Asturias, cuando el heredero del trono de España vino á dar la más triste idea de su capacidad como hombre político, dirigiendo una carta de respuesta en la que de una manera que le reprobaba su

Dotado el embajador de la sagacidad política que como primer deber le imponía su destino, dió á Escoiquiz las más reiteradas protestas de trabajar en favor del príncipe, y procurar estrechar los vínculos con los lazos de familia, de todo lo cual le daría pronta contestación.

El duque del Infantado continuó visitando y apoyando

cerca del embajador en union con Escoiquiz, las aspiraciones de Fernando.

Enterado el emperador, quizá más de lo que nos convenia, de las disensiones de la familia real, y apesar de estar entonces ocupado en su pensamiento favorito de sujetar á Portugal, no echó en saco roto como suele decirse, el aviso de su leal embajador, proponiéndose á no dudarlo, aprovecharse de él en la primera coyuntura favorable que su feliz estrella le deparase.

En corroboracion de lo manifestado, ordenó Napoleón á su representante en España, que exigiese del príncipe de Asturias garantías más sólidas que las palabras, sujetas estas á la influencia del aire, que de un soplo las destruye.

Mr. de Beauharnais, en 30 de setiembre de 1807, comunicó á Escoiquiz la contestacion del emperador; pero ocultando su procedencia, y haciéndola suya, á pesar que subrayaba las palabras esenciales, como dando á entender que obraba en virtud de orden superior.

VI.

En tan lastimoso y humillante estado se encontraban los asuntos del príncipe de Asturias, relativos á sus proyectos de derribar al de la Paz, cuando el heredero del trono de San Fernando vino á dar la más triste idea de su capacidad como hombre político, dirigiendo al emperador una carta de su puño, en la que de una manera que le rebajaba infinito, imploraba su apoyo y proteccion para llevar adelante sus planes.

Conducta tan estraña en un príncipe que faltaba de una manera tan clara á sus deberes de heredero de uno de los primeros tronos del orbe, á el respeto de hijo sumiso, y sobre todo á la dignidad de hombre; supuesto que imploraba el auxilio del vecino para arreglar los asuntos de su casa, produjo á

no dudarle la invasión francesa á los siete dias despues de haberse escrito la carta fatal, faltándose á lo pactado en el tratado de Fontainebleau.

Todos estos ocultos manejos y conspiraciones vinieron á desenlazarse con los acontecimientos que pasamos á narrar.

VII.

Segun costumbre antigua de nuestros soberanos, hallábase la corte en el Escorial, cuando por una dama de honor fué avisada la reina de que el heredero del trono pasaba en vela las noches trabajando.

Este aviso no produjo ninguna sospecha en el ánimo de María Luisa, sabedora que era de que su hijo deseaba ocupar un puesto entre los literatos, á cuyo fin se habia dedicado á algunas traducciones con éxito feliz.

A los pocos dias del aviso dado á la reina, se encontró Carlos IV un anónimo colocado en su atril, que contenia tres *luegos* escrito con letra disfrazada.

Segun las memorias del principe de la Paz, le anunciaban al rey las maquinaciones de Fernando VII; el peligro que por ellas corría su corona, y la vida de la reina expuesta á los efectos de un veneno.

No se pudo saber quien fuese el autor de este aviso, y divagan mucho las opiniones, hasta de ser cierto este hecho, que parece no debé dudarse de él, supuesto que el mismo Godoy lo nombra en sus memorias.

Un padre no puede sin violentarse, dar aserto á una acusacion semejante de su hijo; y por lo mismo, suspendieron Carlos IV y María Luisa dar crédito al aviso, hasta que el mismo rey practicase un escrutinio en los papeles del heredero de su trono.

Hizolo así, y desgraciadamente tuvo que convencerse de

que un hijo desnaturalizado conspiraba contra aquellos que le habian dado la existencia.

Apesar de que Cárlos IV entró con un semblante placentero á ver á su hijo, y so pretesto de regalarle unas poesías, compuestas en honor de nuestros triunfos en América, Fernando VII le recibió de una manera irreverente, y á la par con el sobresalto del hombre cogido en infraganti delito.

Retiróse el desventurado padre con las pruebas de la culpabilidad de su hijo arrolladas entre sus manos, las cuales examinadas solamente por él, su augusta esposa y un secretario de confianza, resultó de su contenido delaciones y ofrecimiento de pruebas contra Godoy, atribuyéndole querer exterminar la real familia para apoderarse del trono español.

El canónigo Escoiquiz, que fué el maestro del príncipe de Asturias, habia tomado sobre su discípulo todo el ascendiente posible para dirigir tales amaños; y para que la conciencia de Fernando no se creyese ofendida por su proceder, le puso por modelo á San Hermenegildo, que hizo la guerra á su padre; pero se conoce que no tuvo cuidado de ilustrar al incauto mancebo en que las razones que habia entre el santo y el heredero de la corona de España, eran muy distintas.

El último documento hallado á Fernando VII, era una carta en que manifestaba su determinacion de entregar una exposicion á su padre por medio de un religioso, en la que se pedía la ruina de Godoy, representado por *Sisberto* y María Luisa por *Gosvinda*, pero respetando y victoreando á su padre, á quien daba el nombre de *Leovigildo*.

Manifestaba además á sus partidarios que no teniendo vocacion de *Martir* como el santo por quien su desvarío le hacia creer protegido, tuviesen todo listo y arreglado, pues estaba dispuesto á rechazar la fuerza con la fuerza.

y protección de una manera desgraciada, era de temer que al querernos auxiliar solo se llevase la idea de subyugarnos.

Tales eran los asuntos que se desgraciaron cuando el ejército francés al mando de D. Juan de S. Juan marchaba sobre Madrid, y Dupont sobre Segovia.

VIII.

Carlos IV, concluida la lectura, preguntó al secretario Caballero qué debía hacerse con su hijo.

Difícil era la contestacion; mas sin embargo, prescindiendo de la posicion y clase del acusado, « Señor, dijo el ministro: »sin vuestra Real clemencia, y á no poder servir para descargo »de Su Alteza la instigacion de los malvados que han conseguido »extraviarle de un modo tan horrendo, la espada de la ley podría caer sobre su cuello... por menos que estas cosas... en otro caso semejante...» (1)

Las lágrimas de la madre, (que no parecen muy acordes con los recuerdos tradicionales de esta señora) terminaron esta conversacion, ocultándose tan fatal papel en su seno.

Por consejo de Caballero se nombró un tribunal que juzgase á Fernando VII, se dió un manifiesto á la nacion de esta medida, y se procedió al arresto del Principe de Asturias en su cuarto, medida que desaprobó el Principe de la Paz, enfermo á la sazón en Madrid.

Consultado D. Manuel Godoy por el Rey sobre la providencia tomada, desaprobó éste semejante medida exhortando al monarca que con su paternal cariño sondease del Principe los autores de la trama, y que sobre estos y sin sonar para nada el nombre de Su Alteza, recayese el castigo.

Además manifestaba que mandaria so pretexto de perseguir una partida de ladrones que infestaban los alrededores del sitio, á cuatrocientos hombres, que unidos con la demás fuerza estarian dispuestos para cualquier lance que pudiera sobrevenir.

(1) Guerra de la Independencia por D. Miguel Agustín Principe.

IX.

Incoado el proceso del Príncipe de Asturias y hecho el manifiesto á la nacion, cuyo autor fué el Príncipe de la Paz, creyó Carlos IV poner en conocimiento del Emperador los acontecimientos desagradables ocurridos en el seno de su familia, y así lo verificó, dirigiéndole una carta en sentido igual á la que poco ántes le habia escrito Fernando VII, y que sabemos produjo la invasion francesa.

Carlos IV en ella manifestaba tambien á Napoleon sus intentos de desheredacion del Príncipe y nombrar en su lugar á uno de sus hermanos.

Comprometidos por el Príncipe de Asturias, todos sus amigos fueron presos y procesados, y cuando Fernando VII se vió comprometido de veras, imploró el perdon de sus padres, por indicacion de Godoy, los cuales se lo otorgaron.

Así concluyó este proceso escandaloso, en que un padre y un hijo figuraban como reo y como actor.

En que un rey débil patentizó su falta de brio, y un hijo ingrato y rebelde sus ruines ideas.

¡Desgraciado de aquel que se asocia á principes como nuestro último monarca, para ayudarle en sus planes maquiavélicos! No le espera más que la ingratitud más refinada.

X.

Disgustado como no podia menos el pueblo español, con un reinado como el de Carlos IV en que solo el favorito era el rey, merced á la profanacion del tálamo real.

Amenazado por un emperador de grandes talentos, político astuto, y á quien imploraba el Rey de España su amparo

y proteccion de una manera denigrante, era de temer que al querernos auxiliar solo se llevase la idea de subyugarnos.

Tales eran los asuntos de este pais desgraciado cuando el ejército francés al mando de Murat marchaba sobre Madrid, á Dupont sobre Segovia y el Escorial, los cuales venian como amigos y á arreglar nuestros asuntos; pero muy pronto vimos el desengaño. Obligado Carlos IV á dar una proclama para tranquilizar los ánimos, encargó al Príncipe de la Paz que escribiese al duque de Berg cumplimentándole, y á la par tratara de sondear las intenciones que dicho personaje abrigaba con respecto al movimiento de sus tropas.

Partió á llevar la mencionada carta D. Pedro Velarde, que tan heroicamente se portó el 2 de mayo de 1808.

Mientras Velarde lleva á su destino la misiva que hemos dicho, ocurría en Aranjuez otro género de sucesos.

Con motivo de la entrada de las tropas francesas, entró la vacilacion de si la corte debia continuar en el sitio ó trasladarse á Madrid.

La opinion más general y más razonable era que se viniese á Madrid; mas lejos de ser así, se trasladó á Aranjuez.

El pueblo y ejército no estaban conformes con el viaje, y los partidarios de Fernando capitaneados por el infante don Antonio, esparcian la alarma por do quier transitaban.

De acuerdo con Beuharnais, se resolvió que la asonada solo tuviese por objeto el ahuyentar al Príncipe de la Paz, uno de los que aconsejaban quizás mejor al monarca.

La noche del 17 de marzo de 1808 fué la señal para verificar este movimiento que se llevó á efecto á las once y media de ella.

El Príncipe de la Paz tuvo precision de esconderse en palacio.

Componian parte de los amotinados los palafraneros de Infante D. Antonio, varios manchegos, y alguna tropa de la guarnicion, capitaneados por el tío Pedro, que no era otro sino el Conde de Montijo, disfrazado.